

Influencia etrusca en la diplomacia romana de época monárquica: algunos problemas y características a partir de Dionisio de Halicarnaso

Daniel Nieto Orriols*

Resumen: El presente trabajo analiza la diplomacia romana de la época monárquica y la influencia de lo etrusco en dicho periodo. Para ello se advierten los principales problemas del estudio de la Roma arcaica y se analizan las características y el rol de las ciudades tirrenas y de los reyes tarquinius en la conformación de un sistema diplomático romano.

Palabras clave: diplomacia, monarquía romana, Tarquino, etruscos

Abstract: The following paper analyzes the Roman diplomacy during the monarchical Era and the influence of the Etruscan in that period. For this study the main problems of early Rome are identified. Moreover, the characteristics and role of the Tyrrhenian cities and Tarquinii kings in shaping a Roman diplomatic system are analyzed.

Key words: Diplomacy, Roman monarchy, Tyrrhenian, Etruscan

1. Diplomacia romana arcaica: algunos problemas para su estudio

Abordar un estudio sobre la diplomacia romana de la época monárquica constituye una tarea de suma dificultad. Primero, por la incongruencia temporal de las fuentes y, segundo, porque conceptos como diplomacia o política exterior no son antiguos, sino adaptaciones desde un marco teórico e histórico actual al mundo clásico.^[1] Cuando aludimos a términos como diplomacia o relaciones

diplomáticas nos referimos “al establecimiento de relaciones formales entre dos entidades políticamente independientes que tienen que demostrar el dominio de un territorio, la posesión de un ejército o algo similar, que cumpla de alguna manera esas funciones además de una organización política fiable para la contraparte”.^[2] En otras palabras, es lo que hoy entendemos como relaciones internacionales, cuya presencia en la Antigüedad resulta compleja de identificar y definir, pues tanto el derecho internacional como ciertas costumbres que hoy pueden parecernos inherentes entre sociedades,^[3] para los pueblos de antaño no necesariamente supusieron una consideración obligatoria.^[4]

En este sentido, las relaciones sostenidas entre Roma y otros pueblos a lo largo de la historia respondieron a intereses de política exterior, concibiéndose como un marco de acción legítimo y de representación política y cultural. Así, inscribiéndose como interacciones en función de intereses políticos y a través de representantes, nos es posible señalarlos como encuentros diplomáticos.^[5]

El desarrollo de un sistema diplomático y de su práctica para la época Imperial ha sido denotado por la investigación histórica,^[6] cual ha destacado que, además de su aplicación con pueblos que no formaban parte de Roma, se ejercía de manera interna como un recurso administrativo entre el poder central y las provincias. Del mismo modo, aunque con menores precisiones, para la época republicana también se reconoce la implementación de un sistema diplomático,^[7] que se presenta con un carácter progresivo y transformador, con especial énfasis para el período que media entre la Primera Guerra Púnica y el advenimiento del Imperio.^[8] No se trata, en todo caso, de una invención abrupta, sino de un lento proceso que supuso el establecimiento de lineamientos y medios de interacción con las sociedades del Lacio desde los inicios de la comunidad romana. Si bien los orígenes de Roma constituyen un tema de compleja resolución,

sí es claro que la Urbe es una confluencia de culturas,[9] lo que no solo determinó su organización durante la época arcaica,[10] sino que dirigió un futuro que supuso una constante expansión e incorporación de pueblos a los que debió integrar a su cultura y dominar políticamente. Por ello, no resulta extraño inferir que los orígenes de lo que con posterioridad sería un conjunto de procedimientos, principios y mecanismos diplomáticos se encuentre en los orígenes de su historia: la monarquía.

Habida cuenta de que dicho proceso se circunscribió en lo que Pallotino[11] califica como fase de “etrusquización”, no es aventurado señalar que fue en la monarquía, y bajo directa influencia etrusca, cuando Roma desarrolló un sistema de política exterior incipiente. Desde esta perspectiva, podemos entender la monarquía de los Tarquinius como la promotora de la transformación de una diplomacia arcaica, centrada en el monarca, a una senatorial, desarrollada en la época republicana y enfocada en la figura del estado. Después de todo, y como distingue Martínez-Pina,[12] el auge y desarrollo de los ámbitos político y cultural de la *Urbs* se encuentran inscritos en esta época.[13]

En efecto, durante el siglo VI a. C., la sociedad romana adquirió especial notoriedad en el Lacio, lo que se encuentra directamente relacionado con una de las fases de mayor poderío del mundo etrusco, cuya influencia a lo largo de la “Roma Tarquinia” otorgó a la Urbe una etapa de esplendor y beneficio en los ámbitos político e institucional.[14] Del mismo modo, alude Ward,[15] la influencia que mantuvo dicha civilización en la conformación social y cultural romana se habrían reforzado durante la monarquía de los etruscos Tarquinius y se habrían presentado desde los primeros tiempos de la comunidad romana, tanto mediante el contacto con Etruria como con los pueblos con los que esta sostuvo intercambios, quienes también mantuvieron una importante influencia. Sin duda, esta situación

se comprende mejor si consideramos el posicionamiento geográfico de Roma, que la habría erigido como una sociedad que Torelli[16] define como de “frontera histórica”. Ello, porque, desde los inicios de su historia, Roma se relacionó con pueblos de diverso nivel de desarrollo social, económico y cultural, lo que tuvo un efecto relevante en el establecimiento de sistemas de interacción y arbitraje. Así, no es extraño que durante este período Roma fuese conformando, a través de la prueba y el error, un sistema para las relaciones interestatales.

Con todo, los trabajos que analizan el proceso de formación de política exterior romana no suelen considerar la monarquía,[17] pues tanto el carácter anacrónico de las fuentes escritas como la fundición de mito y realidad que subyace a estas reconstrucciones históricas, otorga dificultades para establecer certezas a dicha etapa. Así lo advierte Momigliano[18] cuando señala la compleja relación entre las fuentes arqueológicas e historiográficas,[19] donde además de no existir una necesaria coherencia cronológica y de relato, para la arqueología se plantea el problema de las influencias etruscas y de la alteración de los vestigios, que, al ser adaptados a las necesidades de cada ciudad, fueron transformadas de sus originales.[20] Así, respecto de las fuentes, el problema de su veracidad no se refiere solo a los ámbitos político y diplomático, sino que constituye un conflicto para el período de los orígenes romanos en su conjunto.[21]

Si bien disponemos de diversos relatos sobre la fundación de Roma y los primeros tiempos de su historia, todos son escritos posteriores, efectuados, en su mayoría, en época tardorrepública.[22] A este respecto, Cornell[23] advierte que, aun cuando Roma logró un posicionamiento y consolidación de su poder político en la Península Itálica durante la época monárquica, las fuentes sobre el proceso son redacciones de períodos posteriores, a las que subyacen ideologías propias de la época. En este sentido, los escritos reconstruyen la historia arcaica desde un

ideal patriótico que otorga un tono heroico al pueblo romano, a quien se presenta como liberado de una monarquía que, para el último Tarquinio, se plantea con animosidad.[24] Asimismo, Pallotino[25] señala muy posible que entre los reyes etruscos y el inicio de la época republicana haya existido un proceso de dictaduras militares, por lo que buena parte de lo que las fuentes refieren sobre Tarquinio el Soberbio podría entenderse considerando este aspecto. En otras palabras, es lo que Ogilvie[26] advierte como una consecuencia del origen plurinacional de Roma, lo que habría requerido otorgar un lugar común a la sociedad a través de la memoria historia.

Las fuentes ofrecen una mirada ambigua y parcial de la historia arcaica de Roma, cuyas categorías son aplicadas e integradas anacrónicamente al pasado romano. No obstante, aun cuando el relato que otorgan sobre su historia pueda contener aspectos que no son precisos, la realidad de sus autores es resultado de un proceso que ha decantado desde una historia previa y, por lo mismo, supone ciertas continuidades. En este sentido, si bien reconocemos la distancia temporal de los documentos, mediante la comparación entre estos se advierten algunos episodios que se reiteran, así como también algunas ideas que representan lo que podríamos considerar como un modo de entender el pasado. Y es por esto que consideramos la fuente desde su dimensión verosímil.

En este contexto, Momigliano[27] insiste que para el período en cuestión la comparación entre fuentes es útil, principalmente cuando se propone una revisión a partir del estudio de pueblos contiguos a Roma, con quienes mantuvo interacción y con quienes, a fin de cuentas, desarrolló una historia común. En el que nos ocupa, las relaciones de Roma con los etruscos durante la época arcaica pueden otorgar lineamientos iniciales para comprender los orígenes del sistema político y diplomático que luego, para la época republicana, se consolidó.

2. El mundo etrusco: aproximaciones al estudio de su diplomacia

Identificar un sistema de relaciones diplomáticas para la civilización etrusca presenta también un conflicto desde el ámbito de las fuentes, puesto que además del material epigráfico e inscripciones, no se ha preservado ningún texto etrusco de extensión considerable. Es por ello que el material arqueológico se contempla como la fuente principal, aun cuando esta ofrece complejidades para su interpretación, ya que el contacto entre las ciudades etruscas y otros pueblos supuso intercambio y adaptaciones de este, lo que dificulta comprender su originalidad.[28] Este es un aspecto que se advierte desde los orígenes de la civilización, que si bien se identifica ya en la Edad del Hierro,[29] -y aun cuando Pallotino[30] apunta su dualidad cultural autóctona[31] y oriental-, [32] no se tiene absoluta certeza de su lugar de procedencia, sino más bien de la multiplicidad de pueblos que conformaron su cultura.[33] No obstante, la presencia de artefactos etruscos en zonas extendidas del Mediterráneo y los indicios de una vida ritual influyente en otras sociedades dan cuenta de que la actividad política y económica de los etruscos no solo fue prolífera,[34] sino que también propició el establecimiento de pactos geoestratégicos y comerciales.[35] En este sentido, la expansión tirrena en las zonas marítima y continental –padana y campana- promovió los encuentros con diversos pueblos. En el caso del continente, el encuentro con pueblos griegos migrantes –a propósito de las colonizaciones en la Magna Grecia- propició conflictos de interés, lo que repercutió frente al dominio económico etrusco. Recordemos que la presencia etrusca se mantuvo de forma extendida en el Mar Tirreno, por lo que los encuentros comerciales mantuvieron un importante flujo marítimo, lo que llevó a algunos grupos tirrenos a establecer acuerdos en función

de sus intereses.[36] Heródoto[37] cuenta acerca de un acuerdo entre cartagineses y etruscos que los obligó a luchar juntos contra los focios, cuestión que reafirma también Aristóteles.[38] El objetivo del tratado era defender sus intereses económicos sobre Córcega y Cerdeña, los que habrían visto con preocupación tras el inicio de asentamientos griegos en sus zonas de influencia.[39] Se trataría de un acuerdo diplomático que habría sujeto a obligaciones de retribución y ayuda mutua a ambos, por lo que podemos señalarlo como un acto diplomático.[40]

Aunque podamos referirnos al mundo etrusco como conjunto en el ámbito de la cultura, esto no es aplicable a su organización política. Si bien compartían lengua, costumbres y religión, cada ciudad se inscribía como realidad independiente en términos administrativos y políticos, aunque ciertamente se les distinguía como una agrupación que controlaba “*cierto territorio*”. [41] Heurgon[42] explica que las ciudades habrían mantenido distancia entre sí y que se habrían instaurado como ciudades estado en un modelo similar al griego.[43] Ello no implicó que la dodecápolis se mantuviera en una completa indiferencia ante problemas o conflictos con pueblos vecinos, ya que la Liga Etrusca supuso la existencia de acuerdos estratégicos para la conservación de la soberanía, del dominio geopolítico y para el apoyo ante circunstancias de orden bélico. Veyes, Caere, Tarquinia, Vulci, Ruselas, Vetulonia, Volsinii, Volterra, Clusium, Cortona, Perugia y Arretium son, siguiendo a Scullard,[44] las ciudades que habrían conformado la liga, donde habría tenido efecto el *Concilio Etrusco*. Si bien sobre este no tenemos mayor información,[45] sabemos que era una instancia de interacción entre delegados y lucumones de las ciudades en función de sus propósitos comunes. Aunque no existía un poder unificado, la presencia de vías que unían las ciudades da pie para advertir que entre estas existía una individualización regional y cultural ligada a las actividades comerciales y

militares y, asimismo, una red de interacciones que no llegó a fortalecerse lo suficiente como para establecer un tratado general etrusco.[46] A diferencia de la Liga Latina, Scullard[47] afirma que las ciudades tirrenas no lograron consolidar lazos estrechos y permanentes, puesto que los intereses de cada ciudad habrían prevalecido por sobre los de las otras, lo que a la postre las habría hecho débiles ante Roma.

Sea como fuere, los conceptos de acuerdo, tratado e interacción diplomática existieron; así lo confirman las influencias de esta cultura en pueblos bajo su dominio[48]. Al respecto, Espada[49] da cuenta de cómo el dominio etrusco otorgó a otras ciudades desarrollo material y cultural, como lo demuestra la presencia de obras públicas y artísticas en aquellas sujetas a este. Para el caso romano, Migliorati[50] considera que el dominio etrusco representó una fase de suma prosperidad, lo que también es señalado por Martínez-Pina,[51] para quien la época de los Tarquinios constituye la fase decisiva de lo que fue, en términos políticos y culturales, la posterior Roma republicana. Así, la relevancia de indagar en las relaciones entre Roma y Etruria constituye el fundamento de lo que fue, de ahí en más, el fortalecimiento de la práctica política y jurídica implementada durante la República.,

3. Roma y Etruria: encuentros e interacciones diplomáticas

Con cada vez mayor precisión es posible identificar los datos que nos entregan las fuentes como un conjunto de acuerdos y tratados verdaderos ejercidos por el poder político de Roma y las comunidades de la Italia central, esto es, latinos, sabinos y etruscos.[52] En este contexto, las primeras interacciones diplomáticas se desarrollaron de forma sencilla y sin institucionalización,

respondiendo a las características históricas de los pueblos con los que mantuvo interacción.[53]

A este respecto, las ciudades etruscas constituyen el principal foco de interés, puesto que tanto la influencia que tuvieron sobre Roma, como su experiencia en el ámbito de los acuerdos con otros pueblos, habrían tenido una directa relación en el desarrollo de un sistema diplomático.[54] En este sentido, Torelli[55] advierte que el tratado entre las ciudades etruscas y Cartago habría constituido la antesala de lo que con posterioridad fue el Primer Tratado Romano Cartaginés de 508 a. C., estableciéndose como antecedente. Sería, entonces, un reconocimiento a la importancia de la labor diplomática etrusca y a su influencia en el mundo romano. La influencia de la cultura etrusca en Roma la pone de manifiesto Tito Livio, quien explica que parte de la costumbre romana habría sido formar a sus jóvenes en las letras etruscas,[56] lo que no sería extraño si consideramos que durante la época arcaica un número importante de familias etruscas ingresaron a la sociedad romana, y, de acuerdo con Ogilvie,[57] a partir de su influencia, habría surgido el sinecismo, afectando directamente en el ámbito de las instituciones y de la cultura.

Así, la práctica diplomática etrusca fue implementada paulatinamente por Roma, quien la perfeccionó a partir de sus propias necesidades. Al menos de este modo se percibe a través de las fuentes, que dan cuenta de la presencia de una actividad diplomática continua desde los tiempos de la fundación. En este sentido, Bueno-Core[58] advierte que la denominación de Rómulo como un rey belicoso resulta poco adecuada, por cuanto a través de una lectura de la principal documentación sobre el período es posible identificar que se propuso establecer frecuentemente tratados de paz en beneficio de su pueblo,[59] lo que fue aplicado a grupos humanos de diversa procedencia y organización.[60]

En este contexto, a partir Dionisio de Halicarnaso se comprende cómo, desde los inicios de la expansión romana por la península, los encuentros entre la *Urbs* y las ciudades tirrenas fueron de gran ayuda para la adquisición y desarrollo de principios jurídicos basados en el derecho natural y en los valores de antepsados,[61] los que con posterioridad constituirían parte del *bellum iustum*. Este sería un aspecto propiciado justamente por el carácter multinacional de Roma,[62] lo que habría sido una consecuencia de la inclusión de diversos pueblos del Lacio en su cultura y en su estado. Aun cuando la presencia de los encuentros diplomáticos no supone su institucionalización durante este período, la constante interacción entre los reyes romanos y los pueblos colindantes a Roma dieron pie a que se instauraran como prácticas primero reiteradas y luego permanentes, lo que habría propiciado que se perfeccionaran y ajustaran a las necesidades y principios normativos para su regulación.[63] Estas, con el tiempo, constituirían un derecho de gentes y considerarían los principios de orden religioso inherentes a los tratados de amistad,[64] lo que respondería a una necesidad por establecer relaciones permanentes mediante la ritualidad y la celebración común.[65]

Con respecto a los encuentros romanos que instauraron una práctica diplomática, identificamos tres momentos de la época monárquica en que se presentan con mayor énfasis. En primer término, Rómulo, a quien nos hemos referido como el iniciador de una práctica diplomática que fue estableciendo paulatinamente las bases de lo que con posterioridad realizarían sus sucesores. En este período destacan situaciones que evidencian la incorporación de etruscos al mundo romano en períodos de conflicto. Así, Dionisio cuenta que en el contexto de la guerra contra Crustumero, Celio, un importante caudillo tirreno, se habría incorporado a la ciudad de Roma junto con toda su familia, lo que habría atraído a un numeroso grupo de seguidores que habrían pasado a conformar colonias

romanas.[66] Este episodio resulta de interés, pues luego de la aceptación de los extranjeros como colonos romanos los sabinos habrían visto a su enemigo fortalecido.[67] Es, de este modo, la puesta en práctica de estrategias para la expansión de su poderío, lo que supone el establecimiento de tratados con gentes y pueblos extranjeros. Sin embargo, es precisamente el ámbito de las ciudades etruscas y sus diferencias lo que permite contemplar el proceso de integración, de diferenciación y de evolución de la diplomacia romana arcaica de manera más clara.

En este contexto, como ya hemos señalado, las ciudades etruscas mantuvieron relación entre sí en función de problemas comunes específicos,[68] por lo que, al igual que en el resto de la diplomacia antigua, no hubo permanencia de instituciones, de tratados, ni de individuos que se abocaran a la política exterior.[69] Antes bien, la diplomacia del mundo etrusco fue circunstancial.[70] De esto da cuenta Dionisio[71] cuando señala los acuerdos bélicos entre veyentes y fidenates para protegerse contra Roma, lo que habría afectado en el posterior inicio de las hostilidades entre los primeros y los romanos. Dionisio presenta el acuerdo entre estas ciudades no como un tratado permanente, sino como un pacto circunstancial para detener el poderío romano y justificar así la intervención de Veyes en la guerra, aduciendo principios y obligaciones del tratado con Fidenas.

Si bien estos episodios son menores en complejidad procedimental y jurídica que los de épocas posteriores, constituyen la base a partir de la cual se desarrolló un conjunto de principios que Roma irá aplicando a lo largo de su historia. Para el caso que nos ocupa: el *foedus* para el fortalecimiento de alianzas, y la protección al aliado como justificación de la de la guerra justa. Esto sería aducido posteriormente por Tulo a los veyentes, que sin respetar el acuerdo con

Rómulo, durante el período de Numa se rebelaron.[72] Es, entonces, un ejemplo arcaico de lo que para la época republicana constituiría un argumento frecuente para aducir, ante la mayoría de los conflictos, la guerra defensiva.[73]

Un episodio en Dionisio de Halicarnaso llama la atención sobre el modo en que los primeros acuerdos de tiempos de Rómulo constituirían las bases para el posterior desarrollo complejizado de procedimientos y derechos. Este dice relación con el tratado efectuado entre Rómulo y los veyentes,[74] quienes se comprometieron a no volver a rebelarse y a aceptar los términos del pacto que duraría cien años. Las intenciones de Rómulo por dejar estipulado un acuerdo por tanto tiempo bien podrían entenderse como una manifestación de los inicios de la *amicitia*, intentando así establecer lazos de paz duradera con una comunidad extrarromana.[75] Si bien debemos ser cautelosos con Dionisio, por cuanto nos entrega una imagen idealizada del pasado del que intenta evidenciar la grandeza de Roma desde sus orígenes,[76] no es menos cierto que la reiteración de algunos episodios, así como la evidencia arqueológica encontrada en los últimos años, ha permitido comprobar que buena parte de lo que plantea se encuentra en coherencia.[77] En este sentido, la descripción de Dionisio permite vislumbrar aspectos verosímiles de lo que pudo haber sido el desarrollo de mecanismos diplomáticos y de un derecho en una época que, si bien ha sido sumamente cuestionada por las inexactitudes de su conocimiento, constituye un proceso histórico innegable,[78] lo que se establece con mayor énfasis para el período de los Tarquinios.

En cuanto al desarrollo de encuentros diplomáticos durante la monarquía, las fuentes evidencian que el período de Rómulo constituyó un momento de grandes esfuerzos por establecer interacciones pacíficas, lo que si bien no fue del todo posible, por cuanto los conflictos con diferentes culturas de la península

tuvieron lugar durante su monarquía, al menos sí denota gran actividad diplomática. Por el contrario, los reyes posteriores a Rómulo no presentaron una actividad diplomática fuerte, lo que se evidencia en las fuentes a través de una disminución de las noticias sobre la interacción con otros pueblos. Lo que sí se pone en evidencia es la absoluta sujeción de las actividades diplomáticas a la figura del rey[79], lo cual difiere con la relevancia del senado para la época Republicana y constituye un profundo conflicto en la estabilidad de los tratados.[80] No obstante, es en el período de los reyes etruscos cuando las actividades son retomadas con suma fortaleza, lo que permite inferir que tanto su experiencia previa como las condiciones políticas, sociales y culturales de Roma en ese momento así lo hicieron posible. De ahí la relevancia del período, pues la dinastía Tarquinia constituye el proceso de intercambio entre un pasado mítico y el inicio de la historia republicana.

4. Diplomacia tarquinia: algunos casos de interés

Dionisio de Halicarnaso entrega variada información sobre el período de los reyes etruscos, la que se relaciona directamente con el surgimiento de un poderío político romano en la Península Itálica y, al mismo tiempo, con algunos procesos de cambio interno de la *Urbs* que decantaron en la conocida expulsión del último Tarquino. Sin embargo, aun cuando sea un período de grandes cambios, para el ámbito de la política exterior se instauró de manera prolífica,[81] pues en esta época se consolidaron prácticas diplomáticas que pasaron a formar parte de sus principios inamovibles.[82]

Pues bien, un antecedente de sumo interés lo entrega Dionisio respecto de la práctica de Tarquinio Prisco para con los latinos, a quienes una vez vencidos en la

guerra se les brindó la posibilidad de establecer capitulaciones y así no ser esclavizados.[83] Lo mismo ofreció a los fidenates. Si bien resulta complejo identificar las reales intenciones de Tarquinio al otorgar esta posibilidad a un grupo que durante siglos produjo conflictos, es posible aludir a que se trata de la aplicación de principios de justicia o, por otra parte, de la necesidad por concretar una superioridad política ante pueblos que sabía que serían conflictivos si no se integraban a Roma. La respuesta de los latinos no fue inmediata y buscaron en las ciudades etruscas el apoyo para configurar un poder de resistencia. Aquí se presenta una interesante situación, ya que de las doce ciudades tirrenas solo cinco aceptaron la invitación, lo que bien pudo deberse a que el resto de las ciudades ya había establecido lazos de relación con Roma. Las cinco ciudades que aceptaron el trato con los latinos fueron: Clusio, Arrecio, Volterras, Ruselas y Vetulonia.[84] Llama la atención que no esté presente la ciudad con mayor enemistad hacia Roma, a saber, Veyes.[85] Sin embargo, a poco andar sería quien lideraría la guerra de la Liga Etrusca contra Roma.[86]

El conocimiento de los etruscos sobre el derecho constituye una buena fuente para comprender el modo en que fue paulatinamente traspasado a Roma a través de los encuentros, de la influencia cultural y de los reyes Tarquinios. Dionisio nos comenta que cuando la liga etrusca declaró la guerra a Roma buscó apoyo en el pueblo de los sabinos, de quienes tenían claridad de que la tregua de seis años entre ellos y Tarquinio había caducado.[87] Nos encontramos aquí ante un conocimiento detallado de lo que serán los valores de la *fides* y *amicitia*, lo que se pone en evidencia al instigar la sujeción de sabinos a la guerra sabiendo que Roma, una vez cumplido el tratado, no podría aducir a su violación.

Con todo, los etruscos fueron derrotados frente al poder romano, por lo que Dionisio cuenta que tras dirimir sobre el cese de la guerra decidieron enviar una

embajada a Tarquinio. La legación estaba compuesta por *los hombres más ancianos y venerables de cada ciudad otorgándoles plenos poderes para los acuerdos de paz.*^[88] Dos aspectos de la afirmación de Dionisio resultan de sumo interés. El primero es la preocupación por la constitución de la *legatio*, ya que durante la época republicana, y con especial énfasis durante el proceso de expansión por el Mediterráneo en los siglos III y I a. C., este aspecto representó uno de las principales centros de interés del senado, lo que se demuestra a través de numerosos casos en que un senador o grupo de senadores manifestaron su reprobación por los miembros que conformaban embajadas.^[89] En este sentido, la afirmación de Dionisio podría representar un anacronismo, o, por el contrario, dar cuenta de que la preocupación por la conformación de las embajadas responde a un problema de época arcaica ya presente en el ámbito etrusco. Lo mismo ocurre con el criterio de la edad, puesto que para la Roma republicana la juventud será considerada, para el ámbito diplomático, uno de los peores aspectos para conformar de una legación. Ello, por la relación entre prudencia y edad.^[90]

El segundo aspecto, por su parte, dice relación con la especificación de Dionisio sobre la potestad de los embajadores, toda vez que de los diferentes tipos de embajadas romanas solo las de categoría senatorial tenían plenos poderes para decidir^[91]. Esto nuevamente entabla dudas sobre si el caso que plantea Dionisio representa la antesala de lo que constituirá el posterior desarrollo de la diplomacia romana o, por el contrario, si es la aplicación de principios de su época al pasado arcaico.^[92]

La solución del conflicto con Tarquinio constituye otro aspecto a resaltar, ya que, según cuenta Dionisio, una vez que hubieron tratado con el rey, regresaron *trayéndole no solo las simples palabras, sino además portando las insignias de la soberanía con las que ellos ornaban a sus propios reyes: una corona de oro, un trono de*

marfil, un cetro con un águila en su cabeza, una túnica de púrpura con botón de oro y un manto de púrpura bordado.[93] Se trataría, pues, de la entrega del poder que lo reconocería como el monarca de los etruscos,[94] incluyéndolos así en una historia común de antiguo andar. Cabe mencionar que los simbolismos se instauraron de manera definitiva,[95] lo que bien puede ser evidencia de la confluencia o fusión de la cultura etrusca en la romana.[96]

Finalmente, para el período de Tarquinio Prisco, Dionisio nos comenta que a través de los tratados establecidos con los latinos y con los tirrenos habrían derrotado a los sabinos, otorgando así primacía a Roma en la Península Itálica.[97] Como fue la costumbre de la época monárquica, la sujeción de la política exterior en la figura del rey otorgó inestabilidad a los lazos entre los estados, por lo que buena parte de los acuerdos y tratados de Tarquinio no fueron respetados una vez que Servio Tulio asumió como rey. Fue precisamente lo que ocurrió con las ciudades etruscas,[98] de las que Dionisio señala que Veyes, la enemiga continuada de Roma, envió una embajada a Tulio donde explicaba que con él no habría concretado ni entrega de soberanía, ni amistades, ni alianzas. El caso en cuestión permite entrever cómo desde la época arcaica y en las relaciones entre Roma y Etruria se fueron esbozando diversas formas de tratados y acuerdos, con contenidos políticos, jurídicos y religiosos diversos en cada caso. En otras palabras, el detalle otorgado por los representantes etruscos da buena cuenta de la existencia de múltiples formas de sujeción de una ciudad ante otra, lo que posibilita comprender cómo el derecho y la política exterior se van organizando en función de las necesidades.

Es lo que ocurre cuando Servio Tulio logra vencer definitivamente a los etruscos luego de veinte años de conflicto armado, pues aunque las fuentes tienden a presentar a Roma desde una arista clemente, para el caso de Veyes, Cere y

Tarquinia, la victoria romana supuso que se les despojara de parte de sus territorios.[99]

Ahora bien, para el caso del Soberbio, la historiografía y literatura le han otorgado una categorización negativa. Esto responde, como advierte Cornell,[100] a un proceso de elaboración identitario y nacional de la época republicana y, por lo tanto, no es posible considerar que la existencia histórica de este rey se haya desenvuelto en dichos cánones. Es lo que, al menos, plantea la arqueología, que otorga una visión sobre Tarquinio el Soberbio en absoluta contraposición a la que ofrece la historia.[101] En este sentido, para el marco arqueológico Tarquinio se inscribe como uno de los más relevantes reyes de Roma, toda vez que le otorgó un posicionamiento relevante en el ámbito de lo socioeconómico. Sea como fuere, aun cuando el retrato entre una y otra fuente sea inconexo, Dionisio nos entrega algunos datos relevantes sobre su período como monarca antes de refugiarse en Tarquinia.[102]

Pues bien, respecto al Superbo, Dionisio nos señala que envió embajadores a los hérnicos y a los volscos para invitarlos a un tratado de amistad. La respuesta habría sido positiva por parte de los hérnicos como conjunto; sin embargo, de los volscos solo dos poblaciones accedieron a la invitación: Ectra y Ancio.[103] El caso en cuestión evidencia un cambio radical en las relaciones entre pueblos de la Antigüedad, pasando desde el establecimiento de tratados en contextos de peligro, guerra o circunstancias específicas, a la planificación estratégica sobre alianzas estables.[104] Para el caso en cuestión es muy posible que se trate de un *foedus*, ya que Tarquinio habría buscado la estabilidad y perdurabilidad del mismo con independencia de su persona. Para ello, nos cuenta Dionisio: *con el propósito de que los tratados con las ciudades se mantuvieran perpetuamente, Tarquinio decidió establecer un templo común para los romanos, latinos, hérnicos y para los volscos que habían entrado*

en la alianza, con el fin de que cada año se reunieran en el lugar fijado y allí celebraran una fiesta, comieran juntos y participaran en sacrificios comunitarios.[105]

Es entonces el primer esfuerzo que se vislumbra en las fuentes por establecer un compromiso diplomático que no se sustente en el monarca, sino en la entidad abstracta del estado romano. Si fue un objetivo premeditado o no, la monarquía de Tarquinio da cuenta de cambios fundamentales en las relaciones de política exterior, ya que en el proceso de traspasar la potestad hacia el estado, Dionisio nos explica que los sabinos, una vez derrotados, enviaron embajadas para negociar.[106]

Aunque parezca un detalle menor, la negociación de la embajada sabina muestra un cambio en el modo de proceder romano, ya que el dejar espacio al diálogo no solo resulta diferente a los iniciales dictámenes del monarca, sino que también otorga espacios que requieren ser solventados a través de mecanismos y principios inamovibles. Esto es precisamente lo que Tarquinio realiza con los gabinios, a quienes tras derrotar otorgó los mismos derechos que a los romanos.[107] Y para que el tratado no quedara en abstracto, Tarquinio dejó recuerdo tangible. Así, cuenta Dionisio: *de estos tratados hay en Roma un recuerdo en el templo de Dio Fidio, al que los romanos llaman Sanco; se trata de un escudo de madera recubierto con la piel del buey sacrificado en aquella ocasión para ratificar los tratados, que lleva inscritos, en antiguos caracteres los términos de estos acuerdos.*[108]

Más allá de que la explicación que nos otorgan las fuentes sea del todo verídica, a través de la reiteración y cambios es posible advertir ciertas transformaciones en la diplomacia romana monárquica, donde se advierte una importante influencia de lo etrusco, tanto en su contacto con las ciudades, como en la influencia ejercida con mayor preponderancia por la monarquía de los Tarquinios.[109] En este sentido, es posible señalar que si bien los encuentros

diplomáticos ejercidos por Roma en la monarquía se insertan de manera rústica y sin mayores complejidades jurídicas, con el correr de los siglos esta situación sufrió transformaciones que conllevaron la incorporación de mecanismos y principios que, al menos para la época republicana, se desarrollan de manera progresiva, hasta decantar en un sistema claramente definido e institucionalizado.[110] Desde esta perspectiva, nos parece que la experiencia etrusca no es solo un ámbito tangencial, sino que constituye parte relevante de lo que durante la monarquía de Tarquino el Soberbio se vislumbra como un traspaso hacia una diplomacia de índole senatorial.

5. Conclusiones

1. A partir del análisis de la información entregada por Dionisio de Halicarnaso, así como de otros autores de la antigüedad, es posible comprender que el desarrollo de acuerdos diplomáticos no fue una cuestión ajena al mundo romano monárquico, sino que se inscribió como un asunto de relevancia desde los primeros tiempos y fue desarrollado con progresión hasta la época republicana.
2. El dominio etrusco sobre Roma en la fase arcaica aportó la creación de un sistema de relaciones interestatales bajo lineamientos jurídicos e institucionales que, con posterioridad, Roma desarrolló en la época republicana con mayor énfasis y profesionalización. Por ello, el estudio de las relaciones diplomáticas etruscas resulta de suma relevancia para la comprensión de los orígenes del sistema de política exterior romano.
3. Para la época monárquica, el desenvolvimiento de las relaciones diplomáticas etruscas con los pueblos del Lacio estableció las bases de la

diplomacia romana arcaica, estableciéndose, incluso, como antesala de tratados que fueron restablecidos por Roma con otros pueblos del Mediterráneo.

4. Dionisio de Halicarnaso da cuenta de los cambios entre la diplomacia romana arcaica y la de época republicana, toda vez que, durante la monarquía, se vislumbra el sustento de las relaciones interestatales en la figura del monarca, dependientes de éste y sustentadas en su duración como líder político de la Urbe. Por ello, las relaciones diplomáticas de la antigüedad podemos denominarlas como circunstanciales y casuísticas.
5. El desarrollo de la diplomacia de la época monárquica, aun con las complejidades que suponen su identificación, da cuenta de la existencia de principios jurídicos que irían desarrollándose y fortaleciéndose con el paso del tiempo y de la práctica.
6. Finalmente, la historia de Dionisio de Halicarnaso ofrece una representación historiográfica que permite evidenciar cómo el período de los Tarquinios constituyó la base institucional de la diplomacia republicana. En este sentido, desde el retrato presente en los documentos es posible concluir que la interacción sostenida por Roma durante la época de los reyes etruscos dio paso desde una diplomacia casuística, centrada en la figura del monarca, a una diplomacia estable, centrada en la figura abstracta del estado.

* Daniel Nieto Orriols es Estudiante de Doctorado en Historia y Magíster en Historia mención Arte y Cultura de la Pontificia Universidad Católica de

Valparaíso. Docente en la Universidad Andrés Bello. Contacto:
daniel.nieto@unab.cl

[1] Eilers, Claude, "Introduction", *Diplomats and Diplomacy in the Roman World*, Brill, Boston, 2009, p. 1.

[2] Buono-Core, Raúl, "Diplomacia y monarquía: Rómulo y Numa", *REHJ*, XXXV, 2013, p. 112.

[3] Estas categorías suponen una complicación desde nuestra realidad, ya que para que existan relaciones entre estados debe exigirse, al menos, el reconocimiento de la soberanía. Para el mundo romano, este aspecto fue siempre un asunto débil, pues el establecimiento y aceptación de sus fronteras constituyó un tema controversial con los pueblos que no reconocían el *limes*. No obstante, podemos aludir a términos como relaciones internacionales y diplomacia para el mundo romano por cuanto estas responden al ejercicio de política exterior de los estados, cuestión que, para el marco de *Urbs*, supuso la implementación de ciertos mecanismos de interacción, representación y de jurisprudencia. Para una definición y justificación de la aplicación de estos principios al mundo antiguo véase Villalobos, Alejandro, *El Imperio Romano: entre la guerra y la paz*, Editorial Académica Española, Alemania, 2013, pp. 172-190. Si bien aplica estos principios al Imperio, nos parece que igualmente se amoldan a toda la historia romana, puesto que, como advierte Eck, la diplomacia imperial no es sino una práctica forjada en períodos previos. Véase Eck, Werner, "Diplomacy as Part of the Administrative Process in the Roman Empire", *Diplomats and Diplomacy in the Roman Works*, Brill, Leiden-Boston, 2008, pp. 193 ss.

[4] No es sino el problema del encuentro e intercambio entre culturas, cuyas repercusiones dan cuenta de las profundas diferencias entre sociedades. Para el caso de la sociedad occidental, lo interesante es que a partir del surgimiento de una diplomacia griega los diferentes pueblos del Mediterráneo comienzan a enfrentarse ante un sistema organizado, tanto desde un punto de vista jurídico como de representantes especializados, esto es, los *presbis* griegos. El problema es que para el mundo griego el sistema diplomático que componen es entendido solo entre sus *poleis*. Véase Buono-Core, Raúl, *El Mediterráneo y la diplomacia en la antigua Grecia*, Editorial Universitaria de Valparaíso, 2013, pp. 163 ss.

Para el caso romano, la reformulación y perfeccionamiento del sistema diplomático se instauró como un recurso para la dominación, por lo que su aplicación de manera extendida supuso ser, para su proceso de expansión republicana, el soporte para la interacción con todo el orbe. Se erigió así como la plataforma de interacción occidental que luego ayudaría en la unión del Imperio y en su administración.

[5] Cuestión que también es aludida por Eckstein, Arthur, *Mediterranean Anarchy, Interstate war and the Rise of Rome*, University of California Press, Los Ángeles, 2006, pp. 118 ss. Donde incluso se presenta un análisis a partir de las categorías y paradigmas de las Relaciones Internacionales y de la teoría del escenario internacional y el equilibrio de poder.

[6] Eliers, Claude, (Ed.) *Diplomats and Diplomacy in the Roman World*, Brill, Leiden-Boston, 2008.

[7] Así, por ejemplo Torregaray, Elena, “*Legatorum Facta*: la ejemplaridad de los embajadores romanos”, *Veleia*, N° 26, 2009, pp. 128-132.

[8] Buono-Core, Raúl, “¿Diplomacia romana: una diplomacia moderna?”, *Anabases*, N° 12, 2010, pp.- 62-65.

[9] En este sentido, más allá de su origen etrusco, de su origen griego, oriental o divino, lo concreto es que Roma no constituye una unidad étnica ni cultural unívoca, sino que es resultado de un proceso de adaptaciones, inclusiones y decisiones (sobre el origen pluricultural de Roma véase De Santis, Guillermo y Ames, Cecilia, "la memoria histórica de la diversidad étnica italiana en la *Eneida* de Virgilio", *Circe*, N° 15, 2011, pp. 41-54) Es este sentido, si desde sus orígenes debió lidiar con pueblos de diversa índole, nos parece imprescindible atender al proceso de su conformación para distinguir los primeros pasos de lo que con posterioridad serán los fundamentos de la diplomacia institucionalizada.

[10] Dionisio de Halicarnaso, III, 10, 4-5.

[11] Pallottino, M., *Etruscología*, Ulrico Hoepli, Milán, 1955, pp. 141 ss.

[12] Martínez-Pina, J., "Aspectos de la cronología romana arcaica: a propósito de la lista real", *Latomus*, Tomo 48, Fasc. 4, 1989, pp. 804-806. Quien no solo señala al período monárquico como real, sino que lo concibe como el fundamento de lo que será el posterior desarrollo político y social republicano.

[13] Amunátegui, C., "Tarquino Prisco", *REHJ*, N° XXXI, 2009, pp. 66-67.

[14] Miglioreti, G., "Forme politiche e tipi di governo nella Roma etrusca del VI sec. a. C.", *Historia*, N° 52, Vol. I, 2003, p. 40.

[15] Ward, Lorne, "Origins of the Class Structure in the Pre-Etruscan Rome, C. 750 B. C.-c. 550 B. C.", *Science and Society*, Vol. 52, N°4, 1988-1989, pp. 431-432. Quien advierte que el desarrollo de una sociedad de clases y de clientelismo instaurada por Roma desde su fundación habría sido intensificado y establecido de forma institucional mediante la influencia que sostuvo el período del apogeo etrusco en el Lacio, lo que se vería reforzado con posterioridad durante la monarquía.

[16] Torelli, M., "Arcaic Rome Between Latium and Etruria", *CAH*, Vol. VII, parte 2, 1989, p. 30.

[17] En este sentido, como señala Buono-Core, “no existe ninguna obra de síntesis sobre la diplomacia romana para el período real y republicano”. Lo que da cuenta de una necesidad en este ámbito. Véase “Diplomacia romana: ¿una diplomacia moderna?”, *Anabases*, 12, 2010, p. 55.

[18] Momigliano, A., “The Origins of Rome”, *CAH*, N° VII, Vol. 2, 1989, p. 52.

[19] Así, por ejemplo, sobre el mito de la fundación romana aduce que no es posible discriminar su verdadero origen, siendo lo más probable que tenga influencias en parte indígenas, en parte griegas y quizás en parte etruscas. El supuesto origen troyano sería una modalidad para otorgar arraigo. *Ibid.* pp. 56-57.

[20] Riedemann, Valeria, “Etruscos y romanos: escenas de batalla y sacrificios en monumentos funerarios inspiradas en la mitología griega”, *Historias del Orbis Terrarum*, N° 7, 2011, pp. 11-12.

[21] Momigliano, A., *op. cit.*, p. 52.

[22] Ogilvie, R. M., “The sources for early Roman history”, *CAH*, Vol. VII, parte 2, 1989, p. 28.

[23] Cornell, T. J., “Rome and Latium”, *CAH*, Vol. VII, parte 2, 1989, p. 243.

[24] Cornell, T. J., *op. cit.*, p. 257.

[25] Pallottino, *op. cit.*, pp. 224-225.

[26] Ogilvie, *op. cit.*, p. 24.

[27] Momigliano, A., *Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1966, pp. 558-571. Sin embargo, aduce que si bien las fuentes escritas resultan problemáticas, lo mismo ocurre con las fuentes arqueológicas, que no siempre son reflejos de las estructuras sociales y políticas de las sociedades, ya que políticamente sufren modificaciones y, por lo mismo, no son generalizables.

[28] En efecto, las principales aportaciones de la cultura etrusca son, por un lado, los artefactos de hierro, y, por otro, el arte, que se relaciona con el ritual funerario. El problema con estos radica en que el contacto de las ciudades etruscas con otras sociedades supuso el intercambio de bienes que fue transformado por los etruscos en función de sus necesidades, lo que dificulta organizarlas desde una categorización homogénea. Por esto es que Riedemann advierte la importancia de estudiarlas en relación a las culturas del mediterráneo, con las que habría tenido relación directa. Riedeman, V., *op. cit.*, p. 12.

[29] Conocido también como período villanoviano, cuyo nombre respondería a la cultura de Villanova, desde donde la teoría de Pallottino advierte que habría tomado forma los grupos protoetruscos, cuyos orígenes serían, por un lado, autóctonos, y, por otro, con ciertos influjos de tipo oriental que habrían llegado desde el sudoeste de la península de Anatolia. Ello habría dado como resultado una civilización cuyo sustrato lingüístico nos es desconocido hasta hoy, lo que ha hecho tremendamente difícil, y prácticamente imposible, traducir las cerca de 10.000 inscripciones. Sobre las características villanovianas de la sociedad protoetrusca véase Camporeale, G., *The Etruscans Outside Etruria*, Getty, California, 2004, p. 34.

[30] Pallotino, M., *op. cit.* passim.

[31] Dionisio de Halicarnaso, I, 25, 1-5.

[32] Heródoto, I, 94.

[33] Moser, M., "The Origins of the Etruscans: New Evidence for an Old Question", *Etruscan Italy: Etruscan Influences on the Civilizations of Italy from Antiquity to the Modern Era*, Brigham Young University, Utah, 1995, pp. 29-43. Donde se alude a ciertos aspectos de la religiosidad etrusca y su influencia en los pueblos de Italia, lo que propicia el cuestionamiento sobre si las influencias de las

culturas itálicas habrían sido en la formación de la cultura etrusca o, por otra parte, si esta última las habría influenciado una vez conformada a sí misma.

[34] Dionisio de Halicarnaso, III, 46, 3. Quien las refiere como las ciudades más prósperas de Italia.

[35] Espada, J., *Los dos primeros tratados romano cartagineses*, Universidad de Barcelona Ediciones, España, 2013, p. 171.

[36] Sánchez, F., "Tirrenos en el Egeo: problemática general y tendencias de la investigación", *Habis*, N° 22, 1991, pp. 19-26.

[37] Heródoto, I, 166, 1-3.

[38] Aristóteles, *Política*, III, 36, 1280 a.

[39] Véase Nascimento, F., "Diplomacia no mundo antigo: os tratados de cooperação militar e mercantil entre Roma e Catago. 509-278 a. C.", *NEArco*, año V, N°2, 2012, pp. 191-200.

[40] Buono-Core, R., "Algunas notas sobre el funcionamiento de la diplomacia griega y romana", *SER*, XVI, 2013, p. 141.

[41] Tito Livio, V, 2, 1-9.

[42] Heurgon, *El Roma y el Mediterráneo hasta las guerras púnicas*, Labor, Barcelona, 1976, p. 49.

[43] Respecto a la configuración de las ciudades, Momigliano reconoce la influencia griega en Italia a partir de la expansión de las poleis desde Grecia y luego desde la Magna Grecia, sin embargo no se atreve a aseverar que el modelo etrusco responda al griego, ya que es muy posible que la cultura villanoviana hubiera presentado una estructura similar. Más aun considerando que los etruscos, por sus intereses comerciales, no miraban con buenos ojos las prácticas griegas. Momigliano, A., "The origins...*op. cit.*", p. 52.

[44] Scullard, *The Etruscan cities and Rome*, Cornell University Press, Nueva York, 1967, pp. 231-236.

[45] El problema con el concilio atiende a que no sabemos si fue una creación posterior al apogeo etrusco siglo VI a. C., o, por el contrario, si fue una consecuencia del debilitamiento de las ciudades y del fortalecimiento de otras potencias, como Roma. Ello, porque Livio no menciona el concilio sino hasta el 434 a. C. (Tito Livio, IV, 23, 5)

[46] Heurgon, J., *La vida cotidiana de los etruscos*, Ed. Temas de hoy, Madrid, 1991, pp. 175-178.

[47] Scullard, *op. cit.*, pp. 402-404.

[48] Cabe señalar que si bien el concepto de acuerdo existió, para el caso de las ligas etruscas los sistemas de diplomacia y de tratados se habrían manejado con laxitud, pues solo se habrían organizado en función de la guerra. Ello como consecuencia del estado natural belicoso del mundo etrusco y de su posicionamiento a orillas del Tiber, lo que lo habría transformado en un flanco de ataques de los pueblos del Lacio y del norte de Italia. Esta misma inestabilidad, no obstante, no permite resolver el problema etrusco de forma taxativa, pero al menos para el caso romano sí se presentan algunos detalles susceptibles de señalar y que entregan algunos lineamientos de las influencias etruscas en la formación de una práctica diplomática. Para el contexto del escenario etrusco y algunas características sobre su desenvolvimiento en un “estado Mediterráneo anárquico” véase Eckstein, A., *op. cit.*, pp. 120- 123.

[49] Espada, J., *El primer tratado romano cartaginés: análisis historiográfico y contexto histórico*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, España, 2009, p. 338.

[50] Migliorati, G., *op. cit.*, p. 40.

[51] Martínez-Pina, J., *Tarquino Prisco*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1996, pp. VIII-IX, 18-30.

[52] Buono-Core, R., "Diplomacia y monarquía...*op. cit.*", p. 116.

[53] Buono-Core, R., "Actos diplomáticos y diplomacia romana", *SER*, XV, 2010, p. 149.

[54] Espada, J., *El primer...op. cit.*, p. 417.

[55] Torelli, M., *Historia de los etruscos*, Crítica, Barcelona, 1996, p. 193-199.

[56] Tito Livio, IX, 36, 3.

[57] Ogilvie, R. M., "The sources...*op. cit.*", p. 16.

[58] Buono-Core, R., "Diplomacia y monarquía...*op. cit.*", p. 119.

[59] Cicerón, *Pro Balbo*, 31, quien advierte que para Rómulo fue un interés de primera necesidad desde el inicio de la sociedad romana y el rapto de las sabinas.

[60] Dionisio de Halicarnaso, II, 37, 2. Quien da cuenta de cómo la incorporación política de Lucumón, líder tirreno, y de su grupo de mercenarios a Roma, trajeron consigo importantes triunfos sobre los sabinos, ante lo que se habría utilizado estrategias militares de tipo etrusca. Es, en este sentido, manifestación de una modalidad plural del funcionamiento de las primeras manifestaciones diplomáticas y de cómo pudieron haberse incorporado algunos principios etruscos.

[61] Dionisio de Halicarnaso, III, 11, 1-2.

[62] Dionisio de Halicarnaso, III, 10, 4-5.

[63] Eckstein, A., *op. cit.*, p. 123.

[64] Buono-Core, R., *Roma republicana: estrategias, expansión y dominios*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2002, p. 2.

[65] Dionisio de Halicarnaso, IV, 49.

[66] Dionisio de Halicarnaso, II, 36, 2.

[67] Dionisio de Halicarnaso, II, 36, 3.

[68] Por ejemplo la ciudad de Veyes con otras etruscas contra Roma en tiempos de Rómulo. Dionisio de Halicarnaso, II, 55, 3-4.

[69] Ecksteir, A., *op. cit.*, pp. 124-125.

[70] Dionisio de Halicarnaso, III, 24, 1.

[71] Dionisio de Halicarnaso, II, 54, 3.

[72] Dionisio de Halicarnaso, III, 6, 1.

[73] Dionisio de Halicarnaso, III, 9, 2.

[74] Dionisio de Halicarnaso, II, 55, 6.

[75] Respecto a la *amicitia* Buono-Core, Raúl, Diplomacia y monarquía, p. 116.

[76] Plácido, Domingo, "Introducción", *Historia antigua de Roma*, Gredos, Madrid, 1984, p. 12.

[77] Vid. Martínez-Pina, Jorge, "Tarquinio Prisco...*op. cit.*", pp. VII-X y 1-13.

[78] Nolan, T., "The Tarquin Dynasty", *Historia*, N° 24, Vol. 4, 1975, pp. 541-542.

[79] Dionisio de Halicarnaso, III, 40, 3.

[80] Dionisio de Halicarnaso, III, 23, 1.

[81] Véase Amunátegui, C., *op. cit.*, pp. 62-63.

[82] Dionisio de Halicarnaso, III, 54, 1-3.

[83] Dionisio de Halicarnaso, III, 51, 2.

[84] Dionisio de Halicarnaso, III, 52, 1.

[85] Según la tradición Veyes mantuvo rivalidad con Roma por la pérdida de las salinas de la desembocadura del Tíber. Espada, p. 346.

[86] Dionisio de Halicarnaso, III, 57. Sobre el episodio Dionisio comenta que Veyes habría presionado a las ciudades realizar la guerra contra pena de expulsión en caso de no aceptar, lo que bien puede explicar la reacción.

[87] Dionisio de Halicarnaso, III, 59, 1-2.

[88] Dionisio de Halicarnaso, III, 59, 4.

[89] Así, por ejemplo, Diodoro Sículo, XXXII, 20.

[90] Diodoro Sículo, XXXII, 6, 2.

[91] Diodoro Sículo, XXV, 16.

[92] De todos modos nos parece que es posible que haya sido como lo plantea el historiador, puesto que las categorías señaladas no las plantea para Roma, sino para los etruscos. En este sentido, si su obra se propone aludir al rol prominente que ha tenido la Urbe desde sus orígenes (Dionisio de Halicarnaso, I, 3), lo que causaría más dudas sería que aplicara dichas categorías para referirse a Roma, cuestión que no realiza.

[93] Dionisio de Halicarnaso, III, 61, 1.

[94] Amunátegui, C., *op. cit.*, p. 63.

[95] Dionisio de Halicarnaso, III, 62, 2; Diodoro Sículo, XXXI, 15, 2.

[96] En especial para el ámbito diplomático, ya que durante la República la toga senatorial estará compuesta por un borde de color púrpura y, para el caso del imperio, la toga imperial será por completo de ese color. Esto coincide, además, con quienes tuvieron a cargo la política exterior de Roma en los diversos períodos, a saber, el senado en la República y el emperador en el Imperio. Sobre la toga sus olores y usos véase Grimal, Pierre, *La vida en la Roma antigua*, Paidós, Buenos Aires, 2011, pp. 25-29.

[97] Respecto a este aspecto, Harris plantea que si bien se entiende que los etruscos pasaron a formar parte del mundo romano y que durante la república fueron controlados por Roma, advierte que las relaciones entre Etruria y Roma no nos claras, ya que tanto la historiografía antigua como la moderna se refieren a una condición de subordinación etrusca mayor a lo que, al parecer, existió. Harris, W.,

“A note on the Roman Conquest of Etruria”, *Historia*, N° 22, Vol. 2, 1973, pp. 356-358.

[98] Dionisio de Halicarnaso, IV, 27, 1-2.

[99] Dionisio de Halicarnaso, IV, 27, 5-7.

[100] Cornell, T. J., *op. cit.*, p. 257.

[101] Martínez-Pina, aspectos de la cronología, p. 808.

[102] Dionisio de Halicarnaso, V, 3, 2.

[103] Dionisio de Halicarnaso, IV, 49, 1.

[104] Espada, J., *El primer...op. cit.*, p. 353.

[105] Dionisio de Halicarnaso, IV, 49, 1-2.

[106] Dionisio de Halicarnaso, IV, 52, 2.

[107] Dionisio de Halicarnaso, IV, 58, 3.

[108] Dionisio de Halicarnaso, IV, 58, 4.

[109] Cornell, T. J., *op. cit.*, p. 245.

[110] Véase Buono-Core, R., *El Mediterráneo...op. cit.*, p. 155.

Para citar este artículo:

Nieto Orriols, Daniel, “Influencia etrusca en la diplomacia romana de época monárquica: algunos problemas y características a partir de Dionisio de Halicarnaso”, *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 8, Santiago, 2014, pp.69-99